

Tentada

P. C. Cast y Kristin Cast



Traducción de Laura Rodríguez Manso



Libros publicados de P. C. Cast y Kristin Cast

LA CASA DE LA NOCHE

1. Marcada
2. Traicionada
3. Elegida
4. Indómita
5. Atrapada
6. Tentada

Próximamente:

6. Abrasada

Título original: *Tempted*

© P. C. Cast y Kristin Cast, 2009

Ilustración de portada: ©Serie: Cara E. Petrus. Portada: Michael Storrings. Fotografía: Herman Estévez

Diseño de colección: Alonso Esteban y Dinamic Duo

Derechos exclusivos de la edición en español:

© 2011, La Factoría de Ideas. C/Pico Mulhacén, 24. Pol. Industrial «El Alquitón».
28500 Arganda del Rey. Madrid. Teléfono: 91 870 45 85

© Traktrá es un sello de La Factoría de Ideas

informacion@lafactoriadeideas.es

www.lafactoriadeideas.es

ISBN: 978-84-9800-675-9 Depósito legal: B-16280-2011

Impreso por Blackprint CPI

Queda prohibida, salvo excepción prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con autorización de los titulares de propiedad intelectual. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y sgts. Código Penal). El Centro Español de Derechos Reprográficos (www.cedro.org) vela por el respeto de los citados derechos. 5

A Kristin y a mí nos gustaría dedicar este libro a nuestra maravillosa editora, Jennifer Weis, con la que es un placer trabajar y que hace que la corrección sea soportable. ¡Te queremos, Jen!

Agradecimientos

Kristin y yo queremos expresar de nuevo nuestro agradecimiento al maravilloso equipo de St. Martin's Press. Los consideramos como parte de la familia y apreciamos su amabilidad, generosidad, creatividad y confianza en nosotras. Gracias, gracias, gracias: Jennifer Weis, Anne Bensson, Matthew Shear, Anne Marie Tallberg, Brittney Kleinfelter, Katy Hershberger y Sally Richardson. También queremos enviar muchos besos y abrazos a nuestro equipo de diseño de la portada, Michael Storrings y Elsie Lyons.

Gracias, Jenny Sullivan, por tus excelentes y precisas habilidades de corrección.

Como siempre, damos las gracias a nuestra fabulosa agente y amiga, Meredith Bernstein, que cambió nuestras vidas con cuatro pequeñas palabras: «vampiros acaban la escuela».

Y, por supuesto, ¡gracias a nuestros fans! Especialmente a todos aquellos que contactan con nosotras y nos dicen lo mucho que la Casa de la Noche ha llegado a sus corazones.



Zoey

Una mágica luna creciente iluminaba la noche de Tulsa. Su luz hacía que el hielo que envolvía la ciudad y la abadía benedictina, donde acabábamos de enfrentarnos a un inmortal caído y a una alta sacerdotisa descarriada, brillara de tal manera que todo a mi alrededor parecía haber sido tocado por nuestra Diosa. Miré el círculo bañado por la luz de la luna delante de la gruta de la Virgen María, el lugar de poder donde, no hacía mucho, Espíritu, Sangre, Tierra, Humanidad y Noche se habían personificado y después unido para triunfar sobre el odio y la oscuridad. La imagen esculpida de la Virgen, rodeada por rosas de piedra y enclavada en una repisa en lo alto de la gruta, semejava un faro para la luz plateada. Observé la estatua. La expresión de la Virgen María era serena; sus mejillas cubiertas de hielo brillaban como si llorase de tranquila alegría.

Mi mirada se levantó hacia el cielo. *Gracias*. Elevé una plegaria silenciosa a la maravillosa luna creciente que simbolizaba a mi Diosa, Nyx. *Estamos vivos. Kalona y Neferet se han ido.*

—Gracias —le susurré a la luna.

—Escucha en tu interior...

Las palabras recorrieron mi cuerpo, sutiles y dulces como hojas tocadas por una brisa de verano, agitando mi conciencia tan levemente que mi yo consciente apenas las registró. Pero la orden susurrada por Nyx se grabó en mi alma.

Apenas me daba cuenta de que había un montón de gente (bueno, monjas, iniciados y unos pocos vampiros) a mi alrededor. Podía oír una mezcla de gritos, conversaciones e incluso risas llenando la noche, pero todo sonaba distante. En ese momento, las únicas cosas que resultaban reales para mí eran la luna en el cielo y la cicatriz que atravesaba mi pecho de un hombro a otro y que cosquilleó en respuesta a mi plegaria silenciosa, pero sin hacerme exactamente daño. Era más bien una sensación de calor y picazón familiar que me aseguraba que Nyx me había marcado, de nuevo, como suya. Sabía que si echaba un vistazo bajo el cuello de la camisa, encontraría un nuevo tatuaje decorando esa larga y fea

cicatriz con una exótica filigrana de zafiro, símbolo de que estaba siguiendo el camino de mi Diosa.

—¡Erik y Heath, encontrad a Stevie Rae, Johnny B y Dallas y después comprobad el perímetro de la abadía para asegurarnos de que todos los cuervos del escarnio han huido con Kalona y Neferet!

Darius gritó la orden, lo que me sacó de mi cálido modo de oración y de mi aturdimiento. Una vez fuera de esa burbuja, fue como si alguien encendiese un iPod a todo volumen y me lo plantase en la oreja: el ruido y la confusión inundaron mis sentidos.

—Pero Heath es humano. Un cuervo del escarnio podría matarlo en un segundo.

Las palabras salieron de mi boca antes de que pudiese mantenerla cerrada, una muestra más, sin lugar a dudas, de que ser una lunática no era mi única «cualidad».

Como era de esperar, Heath resopló como un sapo golpeado por un gato.

—¡Zo, no soy ninguna nenaza!

Erik, con un aire de vampiro alto, maduro y fuerte, bufó sarcásticamente.

—No, eres un maldito humano. Espera, ¿eso te hace ser una nenaza!

—No han pasado ni cinco minutos desde la derrota de los malos y Erik y Heath ya están golpeándose el pecho el uno contra el otro. Era de esperar —dijo Aphrodite, con su patentada mueca sarcástica, mientras se unía a Darius.

Pero su expresión cambió completamente cuando centró su atención en el guerrero hijo de Érebo.

—Eh, cariño. ¿Estás bien?

—No hace falta que te preocupes por mí —dijo Darius.

Se miraron fijamente y prácticamente telegrafiaron la química existente entre ellos. Pero en lugar de acercarse a ella, como habría hecho normalmente, para plantarle un beso enorme, Darius siguió centrado en Stark.

La mirada de Aphrodite se movió de Darius a Stark.

—Vale, puaj. Tu pecho está totalmente churruscado.

James Stark estaba de pie entre Darius y Erik. Bueno, de pie exactamente, no. Stark se balanceaba y parecía extremadamente inestable.

Erik habló, ignorando a Aphrodite.

—Darius, seguramente deberías llevar a Stark dentro. Coordinaré el reconocimiento con Stevie Rae y me aseguraré de que todo esté bien fuera.

Sus palabras sonaban bien, pero su tono parecía más bien decir: «Soy el jefe al mando». Para rematarlo, acabó la frase con un condescendiente:

—Incluso dejaré que Heath ayude. —En ese momento, realmente sonó como un chulo pomposo.

—¿Dejarás que ayude? —soltó Heath—. Tu madre me va a dejar que te ayude.

—Oye, ¿cuál es el que se supone que es tu novio? —me preguntó Stark.

Incluso con lo malherido que estaba, buscó mi mirada. Su voz era rasposa y ponía los pelos de punta de lo débil que sonaba, pero sus ojos brillaban con humor.

—¡Soy yo! —dijeron Heath y Erik al unísono.

—Oh, por todos los demonios, Zoey, ¡los dos son idiotas! —dijo Aphrodite.

Stark empezó a reírse y su risa se convirtió en una tos que acabó desembocando en un doloroso jadeo. Se le pusieron los ojos en blanco y, como si fuese una marioneta a la que le habían cortado los hilos, se desplomó.

Moviéndose con la rapidez natural de un guerrero hijo de Érebo, Darius cogió a Stark antes de que tocase el suelo.

—Tengo que llevarlo dentro —dijo Darius.

Sentí que mi cabeza iba a explotar. Hundido en los brazos de Darius, Stark parecía estar medio muerto.

—Ni... ni siquiera sé dónde está la enfermería —balbuceé.

—Eso no es problema. Le diré a un pingüino que nos guíe —dijo Aphrodite—. ¡Eh, tú, monja! —le gritó a una de las hermanas cercanas, vestidas con una túnica blanca y negra, que habían salido de la abadía después de que la noche se hubiese transformado de un caos de batalla... a un caos posbatalla.

Darius se apresuró a seguir a la monja, con Aphrodite detrás de él. El guerrero me miró por encima del hombro.

—¿No vienes con nosotros, Zoey?

—En cuanto pueda.

Antes de tener que enfrentarme a Erik y Heath, una voz familiar detrás de mí me salvó.

—Vete con Darius y Aphrodite, Z. Yo cuidaré de Bobo y Bobito y me aseguraré de que no haya más monstruitos ahí fuera.

—Stevie Rae, eres la mejor amiga de todas las mejores amigas.

Me giré y la abracé rápidamente. Me encantaba sentir su solidez y normalidad. De hecho, parecía tan normal que sentí algo raro cuando dio un paso atrás, me hizo una mueca y vi, como si fuese la primera vez, los tatuajes escarlata con forma de luna creciente que surgían de su frente y le bajaban por ambos lados de la cara. Una sensación de malestar se abrió paso dentro de mí.

—No te preocupes por este par de idiotas. Me estoy acostumbrando a mantenerlos separados —dijo, interpretando mal mis dudas.

Cuando vio que seguía allí de pie, mirando hacia ella, su sonrisa, hasta entonces brillante, se oscureció.

—Oye, sabes que tu abuela está bien, ¿no? Kramisha la llevó adentro justo después de que desterrásemos a Kalona, y la hermana Mary Angela me acaba de decir que iba a comprobar cómo estaba.

—Sí, recuerdo a Kramisha ayudándola a sentarse en la silla de ruedas. Yo solo... —Mi voz se fue apagando.

¿Yo solo qué? ¿Cómo podía expresar en palabras que me perseguía la sensación de que algo no iba bien con mi mejor amiga y con el grupo de chicos con el que se había aliado? ¿Cómo le podía decir eso a mi mejor amiga?

—Tan solo estás cansada y preocupada por un montón de cosas —dijo Stevie Rae suavemente.

¿Fue comprensión lo que vi destellar en sus ojos? ¿O era otra cosa, algo más oscuro?

—Yo me ocupo, Z, me ocuparé de todo ahí fuera. Tú solo asegúrate de que Stark está bien.

Me abrazó de nuevo y después me dio un pequeño empujón en dirección a la abadía.

—Vale. Gracias —dije, sin convicción.

Empecé a andar hacia la abadía e ignoré por completo a los dos idiotas que estaban allí de pie, mirando hacia mí.

Stevie Rae me llamó.

—Eh, recuérdale a Darius o a alguien que esté pendiente del reloj. Solo queda una hora para el amanecer y ya sabes que todos los iniciados rojos y yo tenemos que estar dentro, protegidos del sol, antes de eso.

—Sí, no hay problema. Lo recordaré —dije.

El problema era que cada vez se me hacía más y más difícil olvidar que Stevie Rae ya no era quien solía ser.



Stevie Rae

—Muy bien, vosotros dos, escuchadme porque solo os lo voy a decir una vez: portaos bien.

De pie entre los dos chicos, Stevie Rae puso las manos en las caderas y miró a Erik y a Heath. Sin apartar la mirada, gritó:

—¡Dallas!

Casi al instante, el chico llegó corriendo a su lado.

—¿Qué pasa, Stevie Rae?

—Vete a buscar a Johnny B. Dile que se lleve a Heath y que hagan un reconocimiento por la parte delantera de la abadía y por la calle Lewis y se aseguren de que los cuervos del escarnio se han ido de verdad. Tú y Erik os ocupáis de la zona sur del edificio. Yo bajaré por el camino de árboles de la Veintiuno.

—¿Tú sola? —dijo Erik.

—Sí, yo sola —contestó Stevie Rae bruscamente—. ¿Se te ha olvidado que puedo golpear ahora mismo el suelo con el pie y hacer que la tierra que hay debajo de ti tiemble? También puedo cogerte, lanzarte por el aire y hacer que caigas sobre tu estúpido culo celoso. Me parece que podré ocuparme de revisar esos árboles yo solita.

A su lado, Dallas se rió.

—Y yo creo que la «vampira roja con afinidad a la tierra» acaba de ganarle al «dramático vampiro azul».

Eso hizo que Heath soltase una risotada. Como era previsible, Erik empezó a ponerse furioso.

—¡No! —dijo Stevie Rae antes de que los dos estúpidos chicos empezaran a darse puñetazos—. Si lo único que sabéis decir son tonterías, es mejor que cerréis el pico.

—¿Me buscabas, Stevie Rae? —dijo Johnny B, acercándose hasta llegar a su lado—. He visto a Darius llevando al chico de las flechas a la abadía. Dijo que viniera junto a ti.

—Sí —contestó ella, aliviada por su llegada—. Quiero que tú y Heath comprobéis la parte de delante de la abadía hasta Lewis. Aseguraos de que los cuervos del escarnio se han ido de verdad.

—¡Ahora mismo! —contestó Johnny B, dándole a Heath un amago de puñetazo en el hombro—. Vamos, *quarterback*, a ver lo que sabes hacer.

—Tened cuidado con los malditos árboles y los sitios oscuros —dijo Stevie Rae, moviendo la cabeza mientras Heath regateaba y esquivaba a Johnny B, propinándole unos rápidos puñetazos en el hombro.

—No hay problema —respondió Dallas, acercándose a un silencioso Erik.

—Hacedlo rápido —les ordenó Stevie Rae a los dos grupos—. El sol saldrá pronto. Reuníos conmigo delante de la gruta de la Virgen María en media hora o así. Gritad si encontráis algo e iremos todos corriendo.

Se quedó mirando a los cuatro para asegurarse de que iban adonde los había mandado, y después se giró. Con un suspiro, empezó su propia misión. *¡Maldición, como si no hubiese ya suficientes problemas!* Quería a Z más que al pan blanco, ¡pero lidiar con los novios de su mejor amiga le estaba haciendo sentir como un sapo en un tornado! Antes pensaba que Erik era el chico más cachondo del planeta, pero tras pasar un par de días con él, ahora le parecía un grano en el culo con un ego sobredimensionado. Heath era dulce, pero era solo un humano, y Z había hecho bien al preocuparse por él. Estaba claro que los humanos se morían con mayor facilidad que los vampiros, o incluso que los iniciados. Miró por encima del hombro, tratando de distinguir a Johnny B o a Heath a lo lejos, pero la oscuridad helada y los árboles ya se los habían tragado y no podía distinguir a nadie.

No es que a Stevie Rae le importase estar sola, para variar. Johnny B cuidaría de Heath. La verdad es que se alegraba de librarse de él y del celoso de Erik por un rato. Los dos hacían que apreciase aún más a Dallas. Era sencillo y fácil de llevar. Era como una especie de novio para ella. Los dos tenían «algo», pero Dallas no se entrometía en nada. Él sabía que Stevie Rae tenía un montón de cosas que hacer, así que la dejaba a su aire y estaba ahí cuando había un descanso. ¡Sin complicaciones, guapo y despreocupado! Así era Dallas.

Z podría aprender un par de cosas de mi manera de elegir a los chicos, pensó mientras se abría paso con dificultad por el bosquecillo de árboles viejos que rodeaba la gruta de la Virgen María y que amortiguaba el ruido de la calle Veintiuno que llegaba hasta los terrenos de la abadía.

Bueno, algo estaba claro: hacía una noche asquerosa. Stevie Rae no había dado ni una docena de pasos y ya tenía sus cortos rizos rubios empapados. Maldita sea, ¡el agua incluso goteaba por su nariz! Se limpió la cara con el reverso de la mano, retirando la mezcla fría y húmeda de lluvia y hielo. Todo estaba envuelto en un silencio y una oscuridad extraña. Era raro que no hubiese ninguna farola encendida en la Veintiuno. No había ningún coche en la calle... ni siquiera uno del Departamento de Policía de Tulsa.

Resbaló y se deslizó por la pendiente. Su pie chocó con la carretera y solo su excelente visión nocturna de vampira roja impidió que perdiera la orientación. Parecía como si Kalona se hubiese llevado consigo todo sonido y toda luz.

Asustada, se apartó el pelo empapado de la cara de nuevo y se recompuso.

—Estás actuando como una gallina, ¡y ya sabes lo estúpidas que son las gallinas!

Habló en voz alta y consiguió asustarse doblemente cuando oyó sus palabras magnificadas extrañamente por el hielo y la oscuridad.

¿Por qué demonios estaba tan nerviosa?

—Quizá sea porque le estás ocultando cosas a tu mejor amiga —murmuró Stevie Rae, y después cerró la boca.

Su voz sonaba sencillamente demasiado fuerte en la noche oscura y helada.

Pero sí que iba a hablar con Z de esas cosas. ¡De verdad que sí! Solo que no había tenido tiempo. Y Z ya tenía suficiente lío en la cabeza como para estresarse más. Y... y... era difícil hablar de ello, incluso con Zoey.

Stevie Rae le dio una patada a una rama rota que estaba cubierta de hielo. Sabía que no importaba que fuese difícil: iba a hablar con Zoey. Tenía que hacerlo. Pero más tarde. Quizá mucho más tarde.

Era mejor centrarse en el presente, por lo menos por ahora.

Stevie Rae entrecerró los ojos y los protegió con la mano para impedir que la lluvia helada llegase a ellos mientras estudiaba las ramas de los árboles. A pesar de la oscuridad y de la tormenta, su vista era buena y fue todo un alivio no ver ningún cuerpo oscuro acechándola desde el aire. Descubrió que era más fácil andar por el lateral de la carretera y bajó así por la Veintiuno, alejándose de la abadía y siempre manteniendo la vista en lo alto.

Hasta que no llegó casi a la valla que separaba la propiedad de las monjas del exclusivo adosado que había detrás de ella, Stevie Rae no la olió.

Sangre.

Un tipo de sangre equivocado.

Se paró. Como si fuese un animal, Stevie Rae olfateó el aire. Estaba lleno del aroma húmedo y mohoso del hielo que cubría la tierra, del perfume frío y canela de los árboles invernales y del penetrante olor artificial del asfalto bajo sus pies. Ignoró esos olores y se centró en la sangre. No era sangre humana, ni siquiera sangre de iniciado. Por eso no olía como la luz del sol y la primavera (miel y chocolate), amor y vida y todo eso con lo que ella siempre había soñado. No, esta sangre olía demasiado oscura, demasiado densa. Había también mucho en ella que no era humano. Pero seguía siendo sangre y la atrajo, aunque en el fondo de su alma sabía que no debía hacerlo.

Fue el aroma de algo extraño, algo de otro mundo, lo que la condujo hasta las primeras salpicaduras carmesíes. En la tormentosa oscuridad previa al alba, incluso su vista mejorada las distinguió solo como unas manchitas húmedas en

el hielo que formaban una capa sobre la carretera y cubrían la hierba a su lado. Pero Stevie Rae sabía que era sangre. Un montón de sangre.

Pero allí no había ningún animal o humano sangrando.

Lo que había era un rastro de oscuridad líquida que se iba espesando sobre la capa de hielo, alejándose de la calle hasta la parte más densa del bosquecillo que había detrás de la abadía.

Sus instintos de depredadora se activaron. Stevie Rae se movió sigilosamente, casi sin respirar, casi sin hacer ruido, mientras seguía el rastro de sangre.

Lo encontró al pie de uno de los árboles más grandes, resguardado bajo una enorme rama recién caída, como si se hubiese arrastrado hasta allí para esconderse y morir.

Stevie Rae sintió un escalofrío de miedo atravesándola. Era un cuervo del escarnio.

La criatura era enorme. Más grande de lo que ella se había imaginado tras verlos a distancia. Estaba tumbado sobre un lado, con la cabeza apoyada en el suelo, por lo que no podía distinguir su cara muy bien. Algo le pasaba al ala gigante que alcanzaba a ver; obviamente estaba rota. Y el brazo humano bajo ella estaba situado en un ángulo extraño y cubierto de sangre. Sus piernas eran humanas también y estaban encogidas como si se hubiese muerto en posición fetal. Recordó haber oído a Darius disparar una pistola mientras él, Z y los demás huían como alma que lleva el diablo por la Veintiuno hasta la abadía. Seguro que le había dado mientras estaba en el aire.

—Caray —se dijo—. Eso tuvo que ser una tremenda caída.

Stevie Rae colocó las manos en la boca a modo de bocina. Cuando estaba a punto de gritar y llamar a Dallas para que él y los demás pudiesen ayudarla a arrastrar el cuerpo a alguna parte, el cuervo del escarnio se movió y abrió los ojos.

Se quedó helada. Se miraron el uno al otro. Los ojos rojos de la criatura se abrieron más; parecía sorprendido e imposiblemente humano en su cara de pájaro. Hicieron un rápido reconocimiento alrededor de ella, comprobando si estaba sola. Automáticamente, Stevie Rae se agachó, levantó las manos y se concentró para llamar a la tierra y pedirle que la fortaleciese.

Y entonces él habló.

—Mátame. Acaba con esto —jadeó, extenuado por el dolor.

El sonido de su voz era tan humano, tan inesperado, que Stevie Rae bajó las manos y se tambaleó hacia atrás.

—¡Puedes hablar! —logró decir.

Entonces el cuervo del escarnio hizo algo que realmente dejó estupefacta a Stevie Rae y que cambió irrevocablemente el curso de su vida.

Se rió.

Era un sonido seco y sarcástico que acabó con un gemido de dolor. Pero era risa y eso envolvió sus palabras de humanidad.

—Sí—dijo entre jadeos—. Hablo. Sangro. Muero. Mátame y acaba con esto.

Entonces trató de sentarse, como si tuviese prisa por encontrarse con la muerte, y ese movimiento le hizo gritar de agonía. Sus ojos, demasiado humanos, se le pusieron en blanco y se desplomó sobre el suelo helado, inconsciente.

Stevie Rae se movió antes de ser consciente de haber tomado esa decisión. Cuando llegó a su lado, solo lo dudó un segundo. Se había desmayado boca abajo, así que fue fácil apartar las alas a un lado y cogerlo por debajo de los brazos. Era grande, muy muy grande, tanto como un chico humano. Se preparó para levantar un gran peso, pero el cuervo del escarnio no pesaba. De hecho, era tan ligero que era facilísimo arrastrarlo, que fue justo lo que se encontró haciendo mientras su mente le gritaba: *¡¿Qué demonios?! ¡¿Qué demonios?! ¡¿Qué demonios?!*

¿Qué demonios estaba haciendo?

Stevie Rae no lo sabía. Todo lo que sabía era lo que no iba a hacer: no iba a matar al cuervo del escarnio.



Zoey

—¿Se recuperará?

Intenté hablar en un susurro para no despertar a Stark, aunque por lo visto sin éxito. Sus párpados se agitaron y sus labios se elevaron formando una mueca dolorosa en lugar de lo que solía ser su sonrisita arrogante.

—Todavía no estoy muerto —dijo.

—No estoy hablando contigo —contesté con una voz mucho más irritada de lo que pretendía.

—Ese genio, *u-we-tsi-a-ge-ya* —me reprendió la abuela Redbird dulcemente mientras la hermana Mary Angela, la abadesa de las monjas benedictinas, la ayudaba a entrar en la pequeña sala de enfermería.

—¡Abuela! ¡Aquí estás!

Corrí a su lado y ayudé a la hermana Mary Angela a sentarla en una silla.

—Solo se preocupa por mí.

Los ojos de Stark estaban cerrados de nuevo, pero sus labios aún dejaban entrever la sonrisa.

—Lo sé, *tsi-ta-ga-a-s-ha-ya*. Pero Zoey es una alta sacerdotisa en prácticas y debe aprender a controlar sus emociones.

¡*Tsi-ta-ga-a-s-ha-ya!* Eso me habría hecho reír a carcajadas si la abuela no hubiese tenido ese aspecto tan pálido y frágil y si yo no hubiese estado tan..., bueno, tan preocupada en general.

—Lo siento, abuela. Tengo que controlar mi temperamento, pero ¡es bastante difícil cuando la gente a la que más quiero no hace más que casi morirse!

Lo dije tan rápido que tuve que coger aire profundamente para tranquilizarme.

—¿Y tú no deberías estar en la cama?

—Pronto, *u-we-tsi-a-ge-ya*, pronto.

—¿Qué significa *tsi-ta-ga-a-s-no-sé-qué?*

La voz de Stark dejaba traslucir un inmenso dolor mientras Darius le extendía una crema densa sobre las quemaduras. Pero, a pesar de la herida, parecía divertido y curioso.

—*Tsi-ta-ga-a-s-ha-ya* —le corrigió la abuela— significa gallo.

Los ojos de Stark brillaron de risa.

—Todo el mundo dice que eres una mujer sabia.

—Que es algo no tan interesante como lo que andan diciendo sobre ti, *tsi-ta-ga-a-s-ha-ya* —contestó la abuela.

Stark soltó una carcajada breve y después, con mucho dolor, trató de respirar.

—¡Estate quieto! —le ordenó Darius.

—Hermana, pensé que habías dicho que había un médico aquí —dije, tratando de no sonar tan asustada como me sentía.

—Un médico humano no puede ayudarlo —contestó Darius antes de que la hermana Mary Angela pudiese responder—. Necesita descanso, tranquilidad y...

—Con descanso y tranquilidad es suficiente —le interrumpió Stark—. Como ya he dicho, aún no estoy muerto.

Miró fijamente a Darius y vi que el hijo de Érebo se encogía de hombros y asentía rápidamente, como si cediese ante el vampiro más joven.

Debería haber ignorado esa pequeña interacción entre ambos, pero mi paciencia se había evaporado hacía horas.

—Vale, ¿qué es lo que no me estáis contando?

La monja que había estado ayudando a Darius me lanzó una mirada larga y fría.

—Quizá el chico herido necesita saber que su sacrificio no ha sido en vano —dijo.

Esas duras palabras fueron como una bofetada de culpabilidad que me cerró la garganta y no me dejó responder a la monja de ojos severos. El sacrificio que Stark había estado a punto de conseguir llevar a cabo consistía en dar su vida por la mía. Intenté tragar saliva a través de la sequedad de mi garganta. ¿Cuánto valía mi vida? Yo era solo una niña, apenas tenía diecisiete años. Y siempre lo fastidiaba todo, una y otra vez. Era la reencarnación de una niña creada para atrapar a un ángel caído y eso significaba que, en lo más profundo de mi alma, no podía evitar amarlo, aunque sabía que no debería... que no podría...

No. No me merecía el sacrificio de Stark.

—Ya lo sé. —La voz de Stark no titubeaba; de repente, sonaba fuerte y seguro.

Pestañeeé para contener las lágrimas y mirarlo a los ojos.

—Lo que hice es solo parte de mi trabajo —dijo—. Soy un guerrero. He jurado servir de por vida a Zoey Redbird, alta sacerdotisa y amada de Nyx. Y eso significa que trabajo para nuestra Diosa y que, aunque me aplasten contra el suelo y me quemén un poquito, no me importa una mierda si con eso ayudo a Zoey a vencer a los malos.

—Bien dicho, *tsi-ta-ga-a-s-ha-ya* —aplaudió la abuela.

—Hermana Emily, te relevo de tus tareas de enfermería para el resto de la noche. Por favor, envía a la hermana Bianca en tu lugar. Creo que quizá

deberías pasar algún tiempo en la tranquila contemplación de Lucas 6, 37 —dijo la hermana Mary Angela.

—Como deseéis, hermana —dijo la monja, saliendo rápidamente de la habitación.

—¿Lucas 6, 37? ¿Qué es eso? —pregunté.

—«No juzguéis, y no seréis juzgados; no condenéis, y no seréis condenados; perdonad, y seréis perdonados» —contestó mi abuela, que sonreía a la hermana Mary Angela cuando Damien llamó suavemente a la puerta entreabierta.

—¿Podemos entrar? Hay alguien que realmente necesita ver a Stark.

Damien miró por encima de su hombro e hizo un gesto de «quieto ahí» hacia atrás. El suave *¡guau!* que llegó como respuesta me aclaró quién era ese «alguien».

—No dejes que entre —dijo Stark. Hizo una mueca de dolor al girarse para intentar no ver a Damien en la puerta—. Dile a Jack que ahora es suya.

—No —frenó a Damien antes de que se fuera—. Dile a Jack que haga entrar a Duchess.

—Zoey, no, yo... —empezó Stark, pero mi mano en alto lo paró.

—Tú deja que entre —dije. Entonces miré fijamente a Stark—. ¿Confías en mí?

Me miró durante lo que me pareció mucho tiempo. En sus ojos vi claramente su vulnerabilidad y su dolor, pero finalmente asintió.

—Confío en ti.

—Adelante, Damien —dije.

Damien se giró, murmuró algo a sus espaldas y después se apartó. Jack, el novio de Damien, entró primero en la habitación. Tenía las mejillas coloradas y los ojos sospechosamente brillantes. Se paró tras dar un par de pasos y se giró hacia la puerta.

—Venga. Está bien. Él está aquí —trató de convencerla Jack.

La labradora rubia entró en la habitación y me sorprendió ver el cuidado con el que se movía para ser una perra tan grande. Se paró un instante al lado de Jack y lo miró, moviendo la cola.

—Está bien —repitió Jack. Sonrió a Duchess y después se secó las lágrimas que se le habían escapado de los ojos y que se deslizaban libremente por sus mejillas—. Ahora ya está mejor.

Jack hizo un gesto señalando la cama.

La cabeza de Duchess se movió hacia la dirección que señalaba y miró directamente a Stark.

El chico herido y el perro se quedaron observándose mientras todos en la habitación aguantábamos la respiración.

—Hola, bonita —dijo Stark dubitativamente, con la voz ahogada por las lágrimas.

Las orejas de Duchess reaccionaron y ladeó la cabeza.

Stark sacó una mano e hizo un gesto de llamada.

—Ven aquí, Duch.

Como si su orden hubiese roto un muro de contención dentro de la perra, Duchess se abalanzó hacia delante, aullando, moviéndose nerviosamente y ladrando... O sea, comportándose y sonando como el cachorro que sus más de cuarenta kilos desmentían que fuese.

—¡No! —ordenó Darius—. ¡En la cama, no!

Duchess obedeció al guerrero y se contentó con frotar su cabeza contra el cuerpo de Stark y con deslizarle su gran hocico bajo la axila, meneando el cuerpo entero. Mientras, Stark, con la cara radiante de felicidad, la acariciaba y le decía una y otra vez lo mucho que la había echado de menos y lo buena chica que era.

No me había dado cuenta de que yo también había estado sollozando hasta que Damien me ofreció un pañuelo.

—Gracias —farfullé, y me limpié la cara.

Me sonrió brevemente y después se fue junto a Jack, lo rodeó con un brazo y le dio unas palmaditas en el hombro (además de ofrecerle a él también otro pañuelo). Oí que Damien le hablaba.

—Venga, vámonos a buscar esa habitación que han preparado las hermanas para nosotros. Necesitas descansar.

Jack hizo un sonido de sorberse la nariz, hipó, asintió y dejó que Damien empezara a sacarlo de la habitación.

—Espera, Jack —lo llamó Stark.

Jack miró a la cama donde Duchess seguía con la cabeza apoyada en Stark, que tenía el brazo alrededor del cuello de la labradora.

—Cuidaste muy bien de Duch cuando yo no podía.

—No me causó ningún problema. Nunca había tenido un perro antes, así que no sabía lo geniales que son. —La voz de Jack solo se resquebrajó un poquito. Se aclaró la garganta y siguió—. Estoy... estoy contento de que ya no seas... eh... malvado y horrible y todo eso para que ella pueda estar contigo.

—Sí, sobre eso, yo... —Stark hizo una pausa y un gesto de dolor provocado por los movimientos—. Yo aún no estoy exactamente al cien por cien, e incluso cuando lo esté, no estoy muy seguro de cómo va a ser mi horario. Así que estaba pensando que me harías un gran favor si tú y yo compartiésemos a Duchess.

—¡¿En serio?!

La cara de Jack se iluminó.

Stark asintió con cansancio.

—En serio. ¿Podrías tú y Damien llevaros a Duchess a vuestra habitación y quizá traerla más tarde?

—¡Por supuesto! —respondió Jack, y después se aclaró la garganta y continuó hablando—. Sí, como dije antes, no nos ha dado ningún problema.

—Bien —dijo Stark. Levantó el hocico de Duchess con la mano y la miró a los ojos—. Ahora estoy bien, preciosa. Vete con Jack para que pueda ponerme mejor.

Sé que le tuvo que causar un gran dolor, pero Stark se sentó y se inclinó para besar a Duchess y dejar que la perra le lamiese la cara.

—Buena chica... esa es mi preciosa chica... —murmuró, y la besó de nuevo.

—¡Ahora vete con Jack! ¡Vamos! —dijo señalando a Jack.

Tras dar un último lametón a la cara de Stark y con un quejido que hacía que pareciese reacia a marcharse, se giró y trotó al lado de Jack, saludándolo con la cola y acariciándolo con el hocico mientras él se limpiaba los ojos con una mano y le daba golpecitos con la otra.

—Cuidaré muy bien de ella y te la traeré de nuevo en cuanto el sol se ponga hoy. ¿Vale?

Stark consiguió sonreír.

—Vale. Gracias, Jack.

Y después se desplomó sobre la almohada.

—Necesita descanso y tranquilidad —nos dijo Darius a todos antes de seguir extendiéndole la crema.

—Zoey, ¿podrías ayudarme a llevar a tu abuela a su habitación? Ella también necesita descanso y tranquilidad. Ha sido una noche muy larga para todos nosotros —dijo la hermana Mary Angela.

Alternando mi preocupación por Stark con mi preocupación por mi abuela, miré a un lado y a otro a las dos personas a las que quería tanto.

Stark vio mi duda.

—Oye, cuida de tu abuela. Siento que el sol va a salir pronto. Me voy a apagar como una vela en cuanto llegue ese momento.

—Bueno... vale.

Me acerqué al lateral de su cama y me quedé allí de pie, torpemente. ¿Qué se suponía que debía hacer? ¿Besarlo? ¿Apretarle la mano? ¿Levantar el pulgar y sonreírle estúpidamente? A ver, no era mi novio oficial, pero él y yo teníamos una conexión que iba más allá de la amistad. Sintíendome confusa, preocupada y totalmente fuera de mi espacio de confianza, le puse una mano sobre el hombro.

—Gracias por salvarme la vida —le susurré.

Me miró y el resto de la habitación pareció desaparecer.

—Siempre voy a mantener tu corazón a salvo, aunque el mío tenga que dejar de latir para que así sea —me dijo suavemente.

Me incliné y le besé la frente.

—Intentemos que eso no pase, ¿vale? —murmuré.

—Vale —susurró.

—Te veré cuando el sol se ponga de nuevo —le dije a Stark antes de correr por fin al lado de la abuela.

La hermana Mary Angela y yo la ayudamos a ponerse en pie y casi la transportamos fuera de la habitación de Stark a través de un pequeño vestíbulo hasta otra habitación como de hospital. La abuela parecía diminuta y frágil bajo mi brazo, y mi estómago se retorció de nuevo de preocupación.

—Deja de preocuparte, *u-we-tsi-a-ge-ya* —dijo mientras la hermana Mary Angela colocaba almohadas a su alrededor y la ayudaba a ponerse cómoda.

—Voy a buscar tu medicación para el dolor —le dijo la hermana Mary Angela a la abuela—. También me voy a asegurar de que las persianas de la habitación de Stark estén bajadas y de que las cortinas estén bien cerradas, así que tenéis un par de minutos para hablar. Pero cuando vuelva, insistiré en que te tomes la pastilla para el dolor y te duermas.

—Eres dura, Mary Angela —dijo la abuela.

—Mira quién fue a hablar, Sylvia —contestó la monja. Y salió rápidamente de la habitación.

La abuela me sonrió y dio un golpecito en la cama, a su lado.

—Ven a sentarte cerca de mí, *u-we-tsi-a-ge-ya*.

Me senté al lado de la abuela, con las piernas dobladas, intentado ser cuidadosa y no mover mucho la cama. Tenía la cara amoratada y quemada por el airbag que le había salvado la vida. En una parte del labio y de una mejilla le habían dado unos puntos que los oscurecían. Tenía una venda en la cabeza y el brazo derecho envuelto en una escayola que asustaba.

—Es irónico, ¿verdad? Que mis heridas parezcan tan horribles y que no sean, ni por asomo, tan dolorosas y extensas como las heridas invisibles de tu interior —dijo.

Iba a decirle a la abuela que estaba bien, pero sus siguientes palabras cortaron en seco lo que quedaba de mi negativa.

—¿Desde cuándo sabes que eres la reencarnación de la doncella A-ya?